



El autor llega hasta el borde preciso de la tragedia. Dos hermanos se sienten atraídos por la misma bella mujer de aura carnal. Uno es de alma pura, Manuel. En cuanto se convence de que su hermano Rafael es el preferido de Rosario, connatural desprendimiento, hunde sus pretensiones en la soledad a la que confía sus más dolorosas reflexiones.

El otro, de espíritu aventurero, cabeza loca como hay tantas, logra imponerse en el cuerpo que en el alma de la fresca y gentil doncella. Confiada, se abandona a su cariño y se entrega por completo a quien supo despertar las ilusiones más gratas con mentidas promesas de felicidad eterna.

Huye el seductor. La engañada llora su ingenuidad mientras acaricia, con amor y desconsuelo, a un chiquitín, fruto inocente de la maldad de un hombre.

Manuel, que sigue enamorado de Rosario desea reparar el daño, que, en un día de tristeza indecible, causara aquel hermano sin corazón. Le propone matrimonio. Ella, que ama aún al seductor ingrato, acepta.

Cuando se hacen los preparativos de la boda, llega una carta del hijo pródigo que siente la conciencia tocada por la varita mágica del arrepentimiento. Manuel, se ha dado cuenta del amor no extinguido Rosario hacia Rafael. De nuevo se retira para que ellos sean felices a costa de la profunda melancolía. Va a apagar sus angustias al amparo del amor de los amores. Junto a su novia de siempre, la madre inolvidable.

Las escenas, que se van sucediendo en las cercanías de un pequeño pueblo situado en una de las tantas zonas cafetaleras de la República, están descritas con cariño lo que les concede vida sugestiva.

Los personajes, tantos los tres del drama como los que aparecen en seguida línea, actúan con naturalidad que sorprende.

El estilo cuidadosamente bordado. Una pequeña obra maestra.